

EL HÉROE

GEORGE R.R. MARTIN

La ciudad estaba muerta y las llamas que marcaban su final derramaban su rojo espectro sobre el cielo gris verdoso.

Había estado muriéndose durante un largo tiempo. La resistencia había durado casi una semana y la lucha había sido muy dura por momentos. Pero, al fin, los invasores habían vencido a los que defendían, del mismo modo que habían vencido a tantos en otras épocas. El extraño cielo con dos soles no les molestaba. Habían peleado y ganado bajo cielos azules moteados de oro y cielos de un negro retinto.

Los muchachos del Control del Clima habían atacado primero, mientras las fuerzas principales permanecían a cientos de millas al este. La ciudad había sido arrasada por numerosas tormentas para dificultar la preparación de las defensas y destruir el espíritu de resistencia.

Cuando estuvieron cerca, los invasores enviaron aulladores. Agudos e interminables alaridos habían resonado durante el día y durante la noche hasta que la población entró en pánico. Y aún después, habían proseguido. Por aquel entonces, la fuerza principal de los atacantes estaba preparada y lanzó bombas infestadas a través de un persistente viento del oeste.

Incluso entonces, los nativos habían tratado de defenderse. Desde sus emplazamientos de reserva que rodeaban la ciudad habían lanzado una carga de átomos, en su intento por vaporizar una compañía que había sido diezmada por un ataque repentino. Pero aquel gesto resultó débil en comparación con la fuerza de los otros. Por aquella época, las bombas incendiarias caían con estruendo sobre la ciudad y los aviones arrojaban grandes nubes de gas ácido.

Y detrás del gas, los terribles escuadrones de asalto de la Fuerza Expedicionaria de la Tierra avanzaban sobre las últimas defensas.

Kagen miró enfadado hacia el dentado escudo plastoide que yacía a sus pies y maldijo su suerte. Un detalle de la rutina de limpieza, pensó. Una perfecta operación rutinaria... Y algún maldito interceptor de un emplazamiento, situado en cualquier parte, había lanzado un átomo de baja gradación hasta él.

Se habían producido pocos daños, pero las ondas expansivas habían averiado su cohete y le habían arrojado fuera del cielo y llevado hasta un olvidado cañón, en la parte este de la ciudad. Su ligera armadura plastoide le había protegido del impacto, pero su casco había recibido un buen golpe.

Kagen se agachó y levantó el casco para examinarlo. Su comunicador para largo alcance y todos sus aparejos sensorios estaban rotos. Sin su cohete se sentía desmantelado, sordo, mudo y medio ciego. Lanzó una maldición.

Un relámpago de movimiento que se produjo en lo alto del pequeño cañón distrajo su atención. Ante sus ojos, habían aparecido cinco nativos. Cada uno de ellos llevaba un arma primitiva en sus manos. Apuntaron hacia Kagen, listos para disparar. Le rodearon, cubriéndole por la derecha y por la izquierda. Uno de ellos comenzó a hablar.

No terminaba nunca. En un momento, la pistola sonora de Kagen estaba a sus pies, en el suelo; al siguiente, apareció en sus manos.

Cinco hombres vacilan en el momento en que uno no lo hace. Durante el breve instante en que los dedos de los nativos se tensaron sobre los disparadores, Kagen no les concedió una pausa, no titubeó, no pensó.

Kagen asesinó.

La pistola sonora emitió un alarido agudo y potente. El jefe de la escuadra enemiga tembló bajo el invisible rayo de sonido de alta frecuencia concentrado que le había atravesado. Para entonces, la pistola de Kagen había hallado otros blancos.

Las pistolas de los dos nativos que quedaban con vida comenzaron por fin a disparar. Una lluvia de balas envolvió a Kagen mientras giraba hacia la derecha y gruñía frente a los impactos que rebotaban contra su armadura de batalla. Su pistola sonora se elevó en el aire y un extraño disparo envió su carga a partir de su apretón.

Kagen no vaciló ni se tomó demasiado tiempo mientras la pistola salía de su cobijo. Trepó hasta la cima del cañón rápidamente, y se dirigió hacia uno de los soldados.

El hombre osciló durante unos instantes y después elevó su arma. Aquella acción era todo lo que Kagen necesitaba. Con todo el impulso de la ascensión, golpeó la cara del enemigo con la culata de la pistola y, ayudado por sus ciento cincuenta libras de peso, martilleó el cuerpo del nativo por debajo del esternón.

Kagen bordeó el cadáver y se encaminó hacia el segundo enemigo, quien había dejado de hacer fuego cuando su camarada se había interpuesto entre él y Kagen. Ahora sus balas se perdían en el cuerpo aéreo. Retrocedió un paso, elevó el revólver e hizo fuego.

Y de repente, Kagen estuvo sobre él. Sintió un dolor lacerante cuando un disparo rozó una de sus sienes. Lo ignoró y lanzó el borde de su mano hacia la garganta del nativo. El hombre, derribado, quedó inmóvil en el suelo.

Kagen se volvió, aún en acción, buscando al siguiente atacante.

Estaba solo.

Se inclinó y secó la sangre que manchaba su mano con un trozo del uniforme del nativo. Su expresión era de disgusto. Tendría que andar un trecho hasta llegar al campamento, pensó, mientras arrojaba al suelo el trapo empapado en sangre.

Definitivamente, hoy no era su día de suerte.

Gimió por lo bajo y se volvió hacia el cañón para recoger su pistola sonora y el escudo, con el objeto de iniciar la caminata.

Sobre el horizonte, la ciudad seguía ardiendo.

La voz de Ragelli sonó alegre y estentórea a través del intercomunicador de corto alcance que Kagen anidaba en su puño.

—Eres tú, Kagen —continuó riendo—. Te has reportado justo a tiempo. Mis sensores estaban comenzando a recoger algo. Un poco más y hubiese disparado contra ti.

—Mi casco está arruinado y los sensores rotos —replicó Kagen—. No hay modo de determinar las distancias: mi comunicador de largo alcance también está descompuesto.

—El mandamás estaba tratando de averiguar que te había ocurrido —le interrumpió Ragelli—. Le has hecho sudar un poco. Sin embargo, yo suponía que tarde o temprano regresarías.

—Exacto —dijo Kagen—. Una de esas basuras envolvió a mi cohete, y me ha tomado cierto tiempo regresar. Pero ya estoy en camino.

Emergió con lentitud del cráter que le ocultaba y apareció ante la vista del guardia, a la distancia. Se lo tomó con calma.

Protegido por una valla de avanzada, Ragelli levantó una poderosa arma de color gris plata a modo de saludo. Estaba completamente cubierto por un traje de batalla de duralium que lograba que la armadura plastoide de Kagen pareciera de papel de seda. Se sentó sobre el asiento de disparos de una de las baterías de pistolas sonoras. Rodeada por una cantidad de pantallas defensivas, su figura maciza se convirtió en una mancha confusa.

Kagen le saludó con la mano y apresuró el paso. Se detuvo justo enfrente de la barrera, al pie del emplazamiento de Ragelli.

—Pareces totalmente magullado —dijo Ragelli, observándole a través de un visor plastoide y ayudado por sus artefactos sensorios—. Esa ligera armadura no te garantiza ningún tipo de protección. Cualquier niño puede destruirte disparándote un guisante.

Kagen se rió.

—Al menos, puedo moverme. Tú puedes dirigir un Escuadrón de Asalto vestido con esa armadura de duralium, pero quisiera verte en alguna ofensiva, camarada. Y la defensa no gana la guerra.

—Sí, sí... —dijo Ragelli—. Este puesto de centinela es más aburrido que el diablo.

Accionó un botón de su panel de control y una parte de la valla se alzó. Kagen ingresó al interior del emplazamiento. Un segundo después, la abertura se cerró.

Kagen se apresuró encaminándose a los barracones de su escuadrón. La puerta se abrió en forma automática cuando él se acercó. Entró en el recinto. Era bueno volver a casa y sentir de nuevo su peso

normal. Esos agujeros de gravedad ligera le molestaban bastante. Los cuarteles se mantenían en el estado de gravedad normal de Wellington, que era el doble del de la Tierra. Resultaba caro, pero el mandamás afirmaba que nada era poco con tal de lograr el bienestar de los soldados.

Kagen se quitó la armadura plastoide en la antesala y la guardó en el arcón que le correspondía. Se dirigió directamente a su cubículo y se tendió en la cama.

Extendió una mano y abrió un cajón que se hallaba en una mesa de metal. De allí extrajo una cápsula verdosa de gran tamaño. La tragó con dificultad y trató de relajarse mientras ésta cumplía su cometido en su sistema. Las reglas prohibían ingerir sintastima entre las comidas, lo sabía, sin embargo esta regla no era demasiado estricta. Como muchos de los combatientes, Kagen la tomaba a todas horas para mantener su velocidad y su resistencia en óptimas condiciones.

Dormitaba cómodamente cuando, unos minutos después, el comunicador que se encontraba en la pared, sobre su cama, cobró vida.

—Kagen.

Kagen se sentó inmediatamente, medio despierto.

—A sus órdenes —dijo.

—Repórtese al mayor Grady, de inmediato.

Kagen sonrió con amplitud. Su petición marchaba con rapidez, pensó. Y nada menos que a través de un oficial de alta graduación. Se vistió rápidamente, tratando de ahuyentar la fatiga, y cruzó la base.

Los cuarteles de los altos oficiales se hallaban en el centro de las vallas. Estaban constituidos por tres edificios profusamente iluminados y rodeados por pantallas protectoras y guardias vestidos con blancas armaduras de batalla. Uno de ellos reconoció a Kagen y le facilitó el acceso.

Después de cruzar la puerta, se detuvo unos instantes para que los sensores pudieran detectar si portaba armas consigo. Por supuesto, no estaba permitido que los soldados llevaran armas delante de los oficiales. Si hubiera llevado su pistola sonora, las alarmas habrían sonado por todo el edificio al mismo tiempo que los rayos motrices, ocultos en las paredes, le habrían inmovilizado por completo.

Pasó la inspección y se encaminó hacia las oficinas del mayor Grady. Una vez recorrido el primer tercio de su camino, un grupo de rayos motrices le sostuvo firmemente por las muñecas. Luchó durante un instante contra el invisible toque que sentía sobre la piel, pero los rayos le sostuvieron con fuerza. Otros, disparados en forma automática a su paso, continuaron la tarea de los anteriores.

Kagen maldijo por lo bajo y ahogó un impulso de resistir. Odiaba verse sujeto por los rayos motrices, pero aquéllas eran las reglas si quería ver a un oficial de alto rango.

La puerta se abrió ante él y Kagen dio un paso hacia delante. Un equipo completo de rayos motrices le inmovilizaron totalmente, ajustaron su mecanismo y le confinaron a un atento estado de rigidez. Sus músculos clamaban por ofrecer resistencia.

El mayor Carl Grady estaba trabajando sobre un escritorio de madera cubierto por una infinidad de papeles, y escribía algo sobre un folio. Una pila de papeles escritos descansaba a su lado sujeta a una antigua pistola de rayos láser que servía de pisapapeles.

Kagen reconoció el arma. Se trataba de una especie de herencia que había pasado a través de los integrantes de la familia Grady durante generaciones. La historia era que algún antecesor la había utilizado en la Tierra, en la Guerra de Fuego que había tenido lugar en el siglo XXI. A pesar de su antigüedad, se suponía que ella funcionaba bien.

Después de dos minutos de silencio, Grady abandonó su pluma y miró a Kagen. Era muy joven para ser oficial; sin embargo, su liso cabello gris le hacía parecer de más edad. Como todos los oficiales de alto rango había nacido en la Tierra, antes del ataque de las tropas de asalto desde la densa y pesada gravedad de los Mundos Guerreros de Wellington y Rommel.

—Repórtese —dijo Grady con voz cortante. Como siempre, su rostro delgado y pálido denotaba un inmenso aburrimiento.

—Oficial de Campo John Kagen, Escuadrones de Asalto, Fuerza Expedicionaria de la Tierra.

Grady asintió sin escuchar verdaderamente lo que el otro decía. Abrió uno de los cajones de su escritorio y extrajo una hoja de papel.

—Kagen —dijo, haciendo ondular el papel en el aire—, supongo que sabe por qué está aquí.

Golpeó el papel con un dedo.

—¿Qué significa esto?

—Exactamente lo que dice, mayor —contestó Kagen. Trató de moverse, pero los rayos motrices le mantuvieron inmóvil.

Grady se dio cuenta e hizo un gesto de impaciencia.

—Basta —dijo. La mayor parte de los rayos dejaron de funcionar y permitieron que Kagen se moviera, al menos a la mitad de su velocidad normal. Flexionó sus músculos aliviado y sonrió.

—Mi período de alistamiento finaliza dentro de dos semanas, mayor. No pienso volver a alistarme. Por consiguiente, solicito el traslado a la Tierra. Eso es lo que dice el papel.

Las cejas de Grady se arquearon durante una fracción de segundo, pero la expresión de sus ojos no cambió. El aburrimiento seguía reflejándose en ellos.

—¿De verdad? —preguntó—. Usted ha sido soldado durante veinte años, Kagen. ¿Por qué se retira? Me temo que no le entiendo.

Kagen se encogió de hombros.

—No lo sé. Me estoy haciendo viejo. Probablemente esté cansado de la vida de campamento. Está comenzando a aburrirme. Conquistar un maldito agujero detrás de otro. Quiero algo diferente. Algo excitante.

Grady asintió.

—Ya veo. Pero, creo que no estoy de acuerdo, Kagen. —Su voz sonaba suave y persuasiva—. Me parece que subestima a la F.E.T. Aquí podría hacer cosas interesantes, si nos da una oportunidad.

Se inclinó en su silla, jugando con un lápiz que había tomado de encima del escritorio.

—Le diré algo, Kagen. Usted ya lo sabe; hemos estado en guerra con el Imperio Hrangan durante casi tres décadas. Los enfrentamientos directos con el enemigo han sido escasos y a distancia hasta el momento. ¿Sabe por qué?

—Seguro —dijo Kagen.

Grady lo ignoró.

—Le diré la razón —continuó—. Cada uno de nosotros ha estado tratando de consolidar su posición sometiendo a estos pequeños mundos que se hallan en las regiones circundantes. Estos agujeros, como usted les llama. No obstante, son agujeros importantes. Los necesitábamos para nuestras bases, por sus materias primas, por su capacidad industrial y por las posibilidades de reclutamiento que nos ofrecen. Es por este motivo que no tratamos de causar demasiados daños en nuestras campañas. Y es por eso que usamos tácticas de guerra psicológica como los aulladores. Para que los nativos se atemoricen. Para preservar nuestra tarea.

—Sé todo esto —interrumpió Kagen con un ímpetu propio de los nacidos en Wellington—. ¿Y qué? No he venido a verle para que me dé una conferencia.

Grady levantó su vista del lápiz.

—No —dijo—. No, por supuesto. Por tanto, le confiaré algo, Kagen. Las preliminares ya han terminado. Ha llegado la hora de la verdad, del gran acontecimiento. Sólo queda un puñado de pequeños planetas sin conquistar. Muy pronto estallará el conflicto con el Imperio Hrangan y sus Batallones de Conquista. Dentro de un año, atacarán nuestras bases.

El mayor miró a Kagen con actitud expectante, esperando una respuesta. Al no recibir nada a cambio, una mirada de asombro surcó su rostro. Se inclinó hacia delante.

—¿No comprende, Kagen? —preguntó—. ¿Qué otra diversión pretende? Se acabaron las luchas contra estos imberbes civiles con uniforme, con sus estúpidos átomos y sus primitivas pistolas de proyectiles. Los Hrangans constituyen un auténtico enemigo. Al igual que nosotros, sus ejércitos están preparados desde muchas generaciones atrás. Son soldados, hechos y derechos. Muy buenos, también. Tienen pantallas protectoras y armas modernas. Son enemigos que servirán para probar a nuestros escuadrones de asalto.

—Tal vez —dijo Kagen con expresión de duda—. Pero esa clase de diversión no es la que tengo en mente. Estoy envejeciendo. Me he dado cuenta que mis reflejos ya no son tan rápidos como antes. Ni la sintastima logra mantener mi velocidad.

Grady sacudió la cabeza.

—Usted tiene uno de los mejores expedientes de toda la F.E.T., Kagen. Ha recibido dos veces la Cruz Estelar y tres la Condecoración del Congreso Mundial. Todas las estaciones de comunicación transmitieron el evento cuando salvó aquel aterrizaje en Torego. ¿Por qué duda ahora de su eficiencia? Necesitaremos hombres como usted para luchar contra los Hrangans. Vuelva a alistarse.

—No —dijo Kagen con énfasis—. Los reglamentos dicen que uno puede percibir una pensión después de veinte años de servicio; además, aquellas medallas me reportarán un buen puñado de dinero extra. Ahora, quiero disfrutarlos. —Sonrió ampliamente—. Como usted ha dicho, en la Tierra me conocen mucho. Soy un héroe. Con esa reputación, supongo que tendré un buen recibimiento.

Grady frunció el ceño y golpeó el escritorio con impaciencia.

—Conozco perfectamente lo que dicen los reglamentos, Kagen. Pero, en realidad, nadie se retira, lo sabe. La mayoría de los combatientes prefiere permanecer en el frente. Es su trabajo. Para eso están los Mundos Guerreros.

—Realmente no me importa, mayor —afirmó Kagen—. Conozco los reglamentos y sé que tengo derecho a retirarme con una pensión completa, y con la paga extraordinaria. No puedo detenerme.

Grady consideró la situación con calma. Sus ojos se oscurecieron mientras reflexionaba.

—Muy bien —dijo después de una larga pausa—. Sea razonable. Se retirará con la pensión completa y con la paga. Le mandaremos a Wellington, su lugar de origen. O a Rommel si prefiere. Le convertiremos en jefe de los soldados jóvenes, del grupo que usted elija. O en entrenador de campo. Con su prestigio, puede comenzar desde el puesto más alto.

—No, no —dijo Kagen con firmeza—. No a Wellington. No a Rommel. A la Tierra.

—Pero, ¿por qué? Usted ha nacido y se ha formado en Wellington, en uno de sus cuarteles, creo. Nunca ha visto la Tierra.

—Es verdad —dijo Kagen—. Pero la he conocido a través de los medios de comunicación. Y me ha gustado lo que he visto. También he leído bastante acerca de ella en los últimos tiempos. Ahora quiero ver qué tal es.

Hizo una pausa y volvió a sonreír.

—Digamos que quiero ver aquello por lo que he estado luchando.

El ceño de Grady se arrugó a causa del disgusto.

—Vengo de la Tierra, Kagen —le dijo—. Le aseguro que no le gustará. No se adaptará. La gravedad es demasiado baja y no existen barracones de gravedad artificial para cobijarle. La sintastima es ilegal; está estrictamente prohibida. Pero los Mundos Guerreros le necesitan y pagarán precios exorbitantes por sus servicios. Los terráneos no están preparados para recibir a los extraños. Pertenecen a una clase diferente de personas. Regrese a Wellington. Estará entre los suyos.

—Tal vez sea ésa una de las razones por las que deseo ir a la Tierra —dijo Kagen con terquedad—. En Wellington sólo seré un veterano más. Diablos, cada soldado que se retira regresa a sus antiguos

barracones. Sin embargo, en la Tierra seré una celebridad. ¿Por qué? Porque seré el individuo más fuerte y veloz del condenado planeta. Este hecho me reportará algunas ventajas.

Grady comenzó a mostrarse agitado.

—¿Y qué me dice de la gravedad? —inquirió—. ¿Y de la sintastima?

—Me acostumbraré a la gravedad, no es un problema. Y como no necesitaré ser veloz y resistente, podré prescindir de la droga.

Grady dejó correr los dedos sobre el desordenado escritorio y sacudió la cabeza como si dudara. Se produjo un silencio largo e incómodo. Se inclinó por encima del escritorio.

Y, de repente, su mano empuñó la pistola de rayos láser.

Kagen reaccionó. Se abalanzó hacia Grady al tiempo que los rayos motrices le inmovilizaban. Su mano se congeló en el gesto de alcanzar al mayor, en un gesto que dibujaba un arco en el aire.

Y, de repente, los rayos motrices le arrojaron al suelo.

Grady dejó la pistola y se inclinó sobre su silla. Su rostro estaba pálido y temblaba. Levantó una mano y los rayos motrices aflojaron la presión. Kagen, lentamente, se puso en pie.

—Ya ve, Kagen —dijo—. Esto prueba que usted está en buena forma, como siempre. Me habría detenido si yo no hubiera pulsado los rayos motrices. Se lo repito, necesitamos hombres con su experiencia y con su entrenamiento. Le necesitamos para luchar contra los Hrangans. Vuelva a alistarse.

Los fríos ojos azules de Kagen aún destilaban odio.

—¡Al diablo los Hrangans! —dijo—. No volveré a alistarme y ninguna triquiñuela que planee me hará cambiar de idea. Iré a la Tierra. No podrá detenerme.

Grady enterró su cara entre sus manos y suspiró.

—Muy bien, Kagen —dijo por fin—. Usted gana. Cursaré su petición.

Le miró una vez más y sus ojos oscuros parecieron preocupados.

—Ha sido un gran soldado, Kagen. Le echaremos de menos. Le aseguro que lamentará su decisión. ¿Está seguro que no desea reconsiderarla?

—Absolutamente seguro —afirmó Kagen.

La extraña mirada se desvaneció de los ojos de Grady. Su rostro volvió a cubrirse con su habitual máscara de aburrida indiferencia.

—Muy bien. Está relevado —dijo de forma tajante.

Los rayos siguieron haciendo presión sobre Kagen y le condujeron a través del edificio.

—¿Ya estás listo, Kagen? —preguntó Ragelli, apoyándose de forma casual contra la puerta del cubículo.

Kagen tomó su pequeña maleta y echó una mirada a su alrededor para asegurarse que no olvidaba nada. No. El cuarto estaba casi vacío.

—Creo que sí —dijo, adelantándose hacia la puerta.

Ragelli apretó el escudo plastoide que sostenía bajo su brazo y se dispuso a alcanzar a Kagen que ya caminaba por el pasillo.

—Bueno, ya has logrado tu objetivo —dijo, mientras se colocaba a su lado.

—Sí —respondió Kagen—. De aquí a una semana, estaré disfrutando en la Tierra mientras vosotros os morderéis la cola, sentados dentro de aquellos malditos smokings de duralium.

Ragelli soltó una carcajada.

—Tal vez —dijo—. Pero sigo diciendo que eres un imbécil por elegir la Tierra cuando podrías comandar todo un campo de entrenamiento en Wellington. Aceptando el hecho que quieras abandonarlo todo, lo cual es una locura...

La puerta de los barracones se abrió ante ellos y la atravesaron. Ragelli seguía hablando. Un segundo guardia se colocó al otro lado de Kagen. Al igual que Ragelli, vestía la armadura de batalla blanca.

El mismo Kagen vestía un traje blanco, ribeteado con galones dorados. Un rayo láser ritual, desactivado, colgaba de una cartuchera de cuero a su costado. Unas botas de piel y un escudo de acero lustrado completaban su uniforme. Las barras azules sobre sus hombros significaban que se trataba de un oficial de campo de rango. Sus medallas tintineaban sobre su pecho a medida que caminaba.

El tercer escuadrón de ataque completo estaba formado en honor del retiro de Kagen, sobre el campo que se hallaba detrás de los barracones. A lo largo de la rampa que conducía al aeropuerto espacial, se alineaban los oficiales, rodeados de pantallas protectoras. El mayor Grady estaba en la primera hilera. Las pantallas ocultaban su expresión de aburrimiento.

Con un guardia a cada lado, Kagen caminó sobre el pavimento, sonriendo por debajo de su casco. Música grabada se dejaba oír por todo el campamento; Kagen reconoció el himno de la F.E.T. y la antífona de Wellington.

Al pie de la rampa se detuvo y miró hacia atrás. Ante la orden de un oficial, la compañía saludó y permaneció en posición de firmes hasta que Kagen devolvió el saludo. Entonces, uno de los oficiales principales dio un paso hacia adelante y le entregó sus papeles de retiro.

Guardándolos en su cinturón, Kagen esbozó un gesto rápido y casual hacia Ragelli; después corrió sobre la rampa. Ésta se estaba elevando con lentitud a sus espaldas.

Dentro de la nave, un tripulante le saludó con un leve movimiento de cabeza.

—Hemos preparado unos aposentos especiales para usted —dijo—. Sígame. El viaje sólo durará quince minutos. Después le trasladaremos a la nave que le llevará a la Tierra.

Kagen asintió y siguió al hombre que le conduciría hasta sus aposentos. Resultó ser un cuarto vacío, reforzado con placas de duralium. Una pantalla cubría la pared. Una camilla de aceleración se encontraba frente a ella.

Solo, Kagen se echó sobre la camilla de aceleración y colocó el casco sobre un soporte que se hallaba a su lado. Los rayos motrices le asieron suavemente y le mantuvieron con firmeza en su sitio.

Unos minutos después, se oyó un rugido sordo que provenía de las profundidades de la nave y Kagen sintió que varias gravedades presionaban mientras la lanzadera se disparaba. La pantalla cobró vida de repente y mostró cómo el planeta se alejaba velozmente.

El espectador se mareó cuando se pusieron en órbita. Después intentó sentarse, pero descubrió que aún no podía moverse. Los rayos motrices le mantenían clavado en la camilla.

Frunció el ceño. No era necesario que permaneciera en la camilla una vez que la nave entrara en órbita. Algún idiota se había olvidado de liberarlo.

—Eh —gritó, suponiendo que en el cuarto existiría un comunicador—. Los rayos todavía están en funcionamiento. Detenedlos para que pueda moverme un poco.

Nadie respondió.

Luchó en contra de los rayos. La presión pareció aumentar. La maldita cosa estaba comenzando a molestarle un poco. *Ahora, estos imbéciles están girando las perillas en el sentido equivocado*, pensó.

Lanzó una maldición en voz baja.

—No —gritó—. Los rayos se están ajustando. Los están manejando mal.

Pero la presión continuaba subiendo y sintió que más rayos lo atrapaban por todas partes, hasta que su cuerpo estuvo cubierto por una especie de manto blanco.

—Vosotros, idiotas —aulló—. Vosotros, imbéciles. Cortadlos, bastardos.

Con un brote de furia comenzó a pelear contra los rayos. Mientras tanto, maldecía. Pero ni siquiera los poderosos músculos de los nacidos en Wellington podía con los rayos motrices. Estaba fuertemente ligado a la camilla.

Uno de los rayos estaba dirigido hacia el bolsillo que se encontraba contra su pecho. La Cruz Estelar se le clavaba dolorosamente en la piel. El agudo borde de metal había cortado el uniforme y Kagen podía ver la roja línea de sangre que manaba a través del uniforme blanco.

La presión siguió en aumento y Kagen se retorció de dolor, debatiéndose contra los invisibles grilletes. No era nada bueno. La presión continuó creciendo más y más, y aparecieron otros rayos.

—Cortadlos —aulló—. Vosotros, bastardos. Os haré trizas cuando salga de aquí. ¡Me estáis asesinando, malditos!

Escuchó el ruido seco de un hueso al quebrarse bajo la presión. Sintió un dolor intenso en su muñeca derecha. Un instante después, se oyó otro crujido.

—¡Cortadlos! —gritó con una voz que exhalaba pánico—. Me estáis asesinando. Malditos, me estáis asesinando.

Y, de pronto, comprendió que estaba en lo cierto.

Grady miró con mal gesto al ayudante que entraba en su oficina.

—Sí. ¿Qué pasa?

El ayudante, un joven terráqueo que se estaba entrenando para ser un oficial de rango, saludó brevemente.

—Tenemos el informe de la nave, señor. Las órdenes han sido cumplidas. Quieren saber qué deben hacer con el cadáver.

—Al espacio —replicó Grady—. Como cualquier otra cosa.

Una débil sonrisa cruzó por sus labios y movió la cabeza de un lado a otro.

—Malo, malo. Kagen era un hombre bueno para el combate, pero su entrenamiento psíquico había fallado en algún punto. Le enviaremos una reprimenda al encargado de los barracones. Se trata de algo nuevo; nunca nos habíamos tenido que enfrentar con una situación semejante.

Sacudió la cabeza de nuevo.

—A la Tierra —dijo—. Por un momento, me hizo pensar si no sería posible. Pero cuando le controlé con mi láser, lo supe. De ninguna manera, de ninguna manera.

Tembló ligeramente.

—Como si alguna vez hubiéramos permitido que un habitante de los Mundos Guerreros visitara la Tierra...

Entonces, se volvió hacia sus papeles.

—Otra cosa —dijo—. No se olvide de enviar un informe a la Tierra. Un-Héroe-Muere-Ante-El-Disparo-De-Un-Hrangan. Redáctelo bien. Los medios de comunicación recogerán la noticia y nos servirá de publicidad. Y envíe sus medallas a Wellington. Las querrán para el museo de los barracones.

El ayudante asintió y Grady volvió a su trabajo. Todavía parecía bastante aburrido.

FIN

